

La educación y el poder de cambiar las cosas

La educación es algo muy serio. Los padres dan la vida, pero como padres no dan nada más. Un asesino la quita, pero su acto no pasa de ahí. A un maestro le concierne la eternidad porque no puede decirse dónde va a detenerse su influencia.

(Henry Adams, La educación...)

Cuando el director de la Fundación Ramón Areces y presidente de la Fundación Amigos de la Biblioteca Nacional de España, D. Raimundo Pérez-Hernández, me propuso participar en el ciclo **Trayectorias intelectuales**, puesto en marcha por ambas instituciones sobre un tema que fuera de mi preferencia pensé de inmediato en la educación, porque ha sido crucial para mí, en cualquiera de los dos lados que ofrece su planteamiento: como discente a lo largo de los primeros veinte o veintidós años de vida y como docente a partir de mi ingreso en la Universidad de Barcelona como profesora no numeraria, en 1977, para impartir clases relacionadas con la Filología Hispánica. Primero fueron asignaturas de Semántica y Morfosintaxis, después de Teoría Literaria y finalmente de Literatura Española, mi especialidad en un sentido estricto. Es decir, he ejercido como docente desde el curso 1977-78 y hasta el 2023-2024, año de mi jubilación. Ha sido mucho tiempo, toda una vida como quien dice, vinculada a la formación (propia y ajena), al aprendizaje y a la enseñanza. Y una batería de preguntas no ha perdido vigencia para mí desde los comienzos: ¿qué sé yo? ¿cómo aprender? ¿cómo enseñar? ¿qué partes de la educación recibida han dejado de ser útiles, tal vez nunca lo fueron, y qué clase de lecciones deberían sustituirlas? Por ello he asociado el tema de mi intervención a dos ideas-fuerza. La primera es recordar la capacidad extraordinaria de la educación para transformar la sociedad, empoderándola en el mejor sentido posible, es decir dándole no solo una capacidad como cohesionadora social, sino también como correctora de los abusos y/o los desvíos del poder. Una situación cada vez más preocupante en

la medida en que se ha instalado en la sociedad un sentimiento generalizado de impotencia y resignación ante la degradación de la convivencia política.

La segunda y más personal tiene que ver con una lectura que en su momento me resultó extraordinariamente inspiradora. Se trata del libro *La educación de Henry Adams*, escrito en 1905 por el propio autor en tercera persona y donde, siendo una autobiografía, el político, profesor y escritor estadounidense (1838-1918) afirma en las primeras páginas que solo hablará de su experiencia vinculada a la educación. Que nadie espere pues en la obra reflexiones sobre el amor, su vida personal, su trayectoria profesional... porque el centro y el alma del libro es un riguroso análisis de las lecciones recibidas a lo largo de una vida. Creo que hay personas deseosas de encontrar maestros que las guíen y que por tanto están abiertas a la enseñanza que estos les pueden proporcionar, mientras que otras presumen de su autodidactismo sin echar de menos el magisterio que podían haber recibido tal vez, con otro carácter. Obviamente Adams es de las primeras y su queja, la dolida queja que cruza todo el libro es la falta de guías adecuados en la educación recibida, pese a haberlos necesitado mucho. A ello, dirá, tuvo que enfrentarse una y otra vez, sin esperarlo, pues confiaba en ello, siendo el resultado, pasados los sesenta años, la íntima convicción que le mueve a escribir el libro, de haber perdido mucho tiempo, de haber malgastado buena parte de su vida teniendo que aprender por sí mismo a moverse en el mundo, sin luces que le advirtieran de los obstáculos derivados de la intensidad de los cambios en el paso del siglo XIX al XX y por tanto de lo necesario que era estar preparado para recibirlos. En efecto, un mundo de menestrales y artesanos se desplomaba definitivamente con el cambio de siglo y la llegada de la industrialización- la electricidad, el teléfono, la máquina de vapor, la batería eléctrica ...- impondría con rapidez una nueva sociedad y nuevos valores de cambio: “Los hombres que no sabían nada de nada no tenían más alternativa que sentarse en los escalones y pensar como no lo habían hecho nunca en Harvard”

Adams abre su libro, muy significativamente, con una referencia a *Las Confesiones* de Rousseau, cuando este emplaza en el prólogo a sus conciudadanos a que cualquiera de ellos y ante la sinceridad con que el autor se ha dispuesto a franquearse sobre sí mismo y a formular tanto sus virtudes como sus flaquezas alguien se atreva a condenarlo diciendo: “Yo he sido mejor que este hombre”. La referencia implícita, hipotextual, al Evangelio de San Juan es evidente. Cuando los escribas y fariseos se dirigen a Jesús en el templo para saber qué opinión le merece una mujer que traen consigo y que ha sido descubierta cometiendo adulterio. La ley de Moisés condenaba a las mujeres adúlteras a la lapidación, a ser apedreadas hasta la muerte. ¿Es eso lo que hay que hacer? le preguntan. Jesús comprende la trampa que le tienden, pues cualquiera de las dos respuestas previsibles resultaría muy comprometido: si dice que sí, que hay que lapidarla, desafía la ley romana que no autorizaba a los judíos a llevar a cabo la ejecución de la pena de muerte; si dice que no, desautoriza a Moisés. Jesús reflexiona y reprende a escribas y fariseos, preguntándoles: “¿Y quién está libre de pecado? Quien lo esté que lance la primera piedra” (Juan 8, 1-11). De pronto la responsabilidad moral de aquel adulterio cometido, la fácil condena a la mujer que lo ha llevado a cabo, retorna al interior de cada uno y los escribas y fariseos acaban por escabullirse de la escena. La mujer adúltera queda libre, es decir, queda frente a su propia conciencia y por supuesto con la posibilidad de cambiar su conducta en el futuro. La lección moral que transpira el pasaje evangélico, y después la apelación directa de Rousseau invitando a sus contemporáneos a verse a sí mismos y, finalmente, la lección de Adams es fundamental de un modo de entender la actitud adecuada respecto de la educación, el hecho de poder disponer de las herramientas -intelectuales, morales y estéticas- adecuadas para desenvolverse en el mundo con competencia y honestidad. Que se logre o no es otra cuestión que ya no depende de la educación, sino de la persona. En otras palabras, Adams nos advierte contra los peligros del ego y de la arrogancia en todo lo referido a la educación. Para abrirse a ella es necesario que el individuo reconozca sus limitaciones y esté dispuesto a

superarlas en lo posible. En definitiva, es la humildad la única actitud posible ante la educación.

Henry Adams formaba parte de aquella generación puritana de estadounidenses (Emerson, Thoreau, Alcott, Longfellow, Georg Ticknor, Washington Irving ...) que, conscientes de la nación emergente que era Estados Unidos a mediados del siglo XIX, la deseaban libre de las corruptelas que ya apuntaban en el horizonte. “Un día aprenderemos a sustituir la política por la educación” dejó escrito el gran Emerson, pensando que la segunda podía llegar a ocupar el lugar de la primera gracias a una sociedad civil madura y responsable. No podía equivocarse más en su pronóstico.

Él mismo Adams era nieto y bisnieto de sendos presidentes (su abuelo fue John Quincy Adams y su bisabuelo nada menos que John Adams) y por tanto pertenecía a la élite bostoniana. Aparentemente todo estaba hecho y dado para él. Su vida podía transcurrir, en clave personal y profesional, plácidamente. Sin embargo, el mérito de su libro está precisamente en denunciar la inadecuación de la educación recibida respecto de los desafíos a los que generacionalmente debió enfrentarse. En la Universidad de Harvard todo lo que aprendió, dice, en cuatro años podía haberse concentrado en cuatro meses y el resto de lo que aprendió -esto es, el hábito de considerar la vida como una mera y apacible relación social y de intereses- no le hizo ningún bien. Porque, en efecto, aprender una mala lección -la lección de cinismo que aprende el joven Lázaro del astuto ciego al que sirve en el primer tratado de la novela fundacional de la literatura española- puede desperdiciar una vida entera.

Y el problema que plantea Adams es aplicable al presente, 125 años después. Lo que da mucho que pensar en relación con los grandes temas que mueven el mundo: en sustancia parece que sean los mismos de siempre. Lo cierto es que cuando yo leí el libro me sentí directamente concernida por su planteamiento, porque la decepción que plantea Adams al final de su vida también fue la mía. La educación no va de transmitir unos conocimientos concretos y a veces incomprensibles por descontextualizados, sino de preparar

a los jóvenes y adolescentes para que puedan enfrentarse a las grandes dimensiones de la existencia -moral, intelectual, cognitiva y estética- con ciertas garantías. Su tesis es que a lo largo de la historia de la humanidad el desperdicio de talento e inteligencia ha sido abrumador y la escuela ha conspirado para promoverlo, desatendiendo lo fundamental de toda educación, que es poder proporcionar un cierto orden al caos del conocimiento en bruto, una dirección en el espacio infinito de la existencia, una disciplina de estudio, un sentido moral al ejercicio de la libertad.

Educar a unos jóvenes que vivirán en el año 2100 con las herramientas de 1980, por decir algo, porque a veces las herramientas parecen de 1880, es decir cuando el nivel de complejidad de la existencia humana se habrá incrementado exponencialmente -porque la tendencia de la unidad a la multiplicidad ha sido ininterrumpida a lo largo del tiempo, como expone Edgar Morin en su teoría de la complejidad- no sirve de nada. Necesitamos una nueva conciencia social y política que sea capaz de afrontar los retos que se nos plantean, desde luego no menores a los que se enfrentó la generación de Henry Adams con la explosión del capitalismo emergente. El progreso científico y tecnológico ahora mismo es abrumador, crece imparablemente. ¿Sabrán las nuevas generaciones cómo controlarlo? No hay otra respuesta que la educación, aunque estemos ciegos.

Anna Caballé, 26 de febrero de 2026

Fundación Amigos BNE - Fundación Ramón Areces